

Comparativa *La noche del cazador*

Isabel Chica Pérez

1.- Transtextualidad

La noche del cazador, novela de Davis Grubb publicada en 1953, y la película homónima de Charles Laughton estrenada dos años más tarde, guardan una relación transtextual de tipo hipertextual. La novela, al ser anterior, es el hipotexto de la película, la cual es el hipertexto.

Como texto precedente, se justifica que la novela incluya pasajes y conversaciones que profundizan en aquellos aspectos y personajes que se tratan de manera somera en la cinta.

Es el caso de la pequeña guerra de intenciones que Ben Harper y Harry Powell, El Predicador, mantienen como compañeros de celda al inicio, más intensa en el libro. En este, el relato que Ben hace del atraco que cometió suscita comentarios moralizantes por parte del Predicador acerca de lo que considera conductas inadecuadas. El asunto de la conversación, esto es, el fin incierto del dinero robado por Ben, quien tiene la firme voluntad de no revelar su paradero pese a que va a ser ajusticiado, motiva una retahíla de opiniones que concuerdan con la noción de relatividad que atraviesa la obra.

Esta cualidad se refleja tanto en la novela como en la película, y hace que se alejen con feroz determinación de una lectura maniqueísta de la realidad. El siguiente comentario del Predicador a Ben es muy significativo en este sentido: “No te servirá de nada adonde vas. ¿De qué sirve el dinero en el cielo o el infierno?” (pág.

21). También lo es este otro extraído de la película, del Predicador dirigiéndose al Señor: “No es que te importe que mate. Tu libro está lleno de muertes”.

En esta línea se situaría la actitud de la esposa de Ben, Willa, en un momento delicado en el que va a visitar a su marido a prisión: “Era curioso que todo hubiera sido siempre cuestión de dinero. Hasta el mismísimo final. Incluso aquel día, en la cárcel, no paró de preguntarle dónde había escondido los diez mil dólares” (pág. 26). Pero esta reacción, que puede ser fácilmente tildada de ominosa, tiene una razón desesperada de fondo: “Le dijo una y otra vez que no le era de ningún provecho callar y que no tenía derecho a dejarlos a ella y a los niños sólo con aquella casa cerca del río que había heredado de su tío Harry” (pág. 26).

El planteamiento de base que radica en el comentario de Willa es el mismo que el del Predicador. El propio Ben lo atestigua: “(...) Willa insistía una y otra vez hasta que su rostro empezó a parecerse al del Predicador: agotado y enfermo de codicia (...)” (pág. 26). Incluso atienden a motivos afines, personales y económicos. Como El Predicador dice mientras conduce al comienzo de la película, el dinero ajeno que el Señor le procura le permite continuar predicando su palabra: “Una viuda con un pequeño fajo de billetes escondido en el azucarero”.

Es más, la novela puede inducir a pensar que la anciana viuda Rachel Cooper, si hace la buena obra de acoger a niños desamparados en su casa, es para burlar a la muerte: “Rachel pensaba: Realmente, a veces tengo la impresión de estarle gastando una broma al Señor. Creo que cuando venga en busca de gente vieja, no se fijará en mí; verá a los críos, y, seguramente, pasará de largo y dirá: ¡Diantre! ¡He ahí una ‘madre’! ¡No puedo llevármela!” (pág. 223). En todo caso, sí que para suplir al menos la ausencia de su hijo: “Ralph se había ido de su casa, y de sus pensamientos (...). No importa. Tengo en perspectiva una nueva cosecha. Una nueva recolección. Valgo para algo en este mundo y además lo sé” (págs. 221-222).

Al hilo de todo esto, Ben reconoce la hipocresía y la doble moral que le rodea: el señor McGlumphey, su abogado, “le dijo al principio que seguramente saldría

mejor librado si confesaba dónde había ocultado los diez mil dólares, y fue precisamente entonces cuando decidió no confesarlo nunca. Porque hasta el más tonto podía ver que lo que perseguían no era hacer justicia, sino los diez mil dólares. (...) Y concluyó, con la más fría lógica calvinista, que si tenía que confesar lo del dinero para evitar ser ahorcado, no había verdadera justicia en los tribunales (...)” (pág. 27).

Retomando el personaje de Willa, la película refleja en cambio una sola cara del sentimiento de esta en relación con su malogrado esposo: la de la traba emocional por una pérdida reciente. En la escena del picnic, Ikey, la dueña del bar *Spoon* donde Willa trabaja, trata de convencerla de que El Predicador está deseando establecerse con una buena mujer y crear un hogar, pero ella tiene reticencias sobre su honradez: “No ha pasado apenas tiempo desde que murió Ben. (...) Me gustaría estar segura de que ese Powell no se pregunta si tengo escondido el dinero en alguna parte”.

Las dos obras obtienen ese espíritu ambiguo, sin embargo, a través de dos personajes con sólidos pilares éticos, sin que ello desdibuje su papel. Dichas éticas son contradictorias solo en apariencia, lo que los hace real y palpitantemente creíbles. Así, nos encontramos con que tanto El Predicador como Rachel son creyentes. Pero cada uno acepta los designios de las sagradas escrituras en un sentido distinto, filtrados por su visión personal sobre la palabra divina, lo cual deviene en dos morales cristianas divergentes.

Según esto, el dogmatismo religioso dependería de los individuos particulares, como si la Biblia consistiera en un compendio de leyes sujetas a interpretaciones, para que cualquier persona interesada en desentrañar su contenido pudiera aplicarlas a determinados casos o situaciones concretas y específicas. Tales criterios interpretativos son lo que permitiría su aplicación directa.

En la película, esta idea queda bien clara de boca del Predicador. Ben: “¿Qué religión profesas, predicador?”, a lo que este contesta: “La religión que hemos decidido entre el Todopoderoso y yo”.

2.- *Hate and Love*

El Predicador representa la victoria del odio sobre el amor, por mucho que en su numerito insista en que la mano derecha (Dios) termina derrotando a la izquierda (Diablo). Rachel representa el amor. Pero estos opuestos se tocan en un punto: coinciden en el convencimiento de que en la localidad donde transcurre la historia no hay sitio para los dos. En la batalla final entre el bien y el mal, Rachel asesta un tiro con su rifle de caza al Predicador, armado con su navaja. Si hay un triunfo sobre el mal, se alcanza por medio de un amor mayor que el odio.

Para Rachel, avisar a la policía no entra dentro de su concepción de justicia, pues “como cualquier otra campesina de las tierras bajas, sentía profunda desconfianza por las leyes civiles. Si había problemas, siempre podían resolverse mostrando la boca de un arma y soltando unas cuantas palabras decididas” (pág. 254). La escopeta de Rachel busca su correlato en la hoja presta a saltar de la navaja de muelles que El Predicador porta consigo: “¡Sirvo a Dios y no vengo en son de paz, sino con una espada!” (pág. 22); “El Señor cegó a mis enemigos cuando me trajeron a este lugar de maldad. (...) La espada me ha servido para atravesar muchos momentos de maldad” (película, escena de la celda).

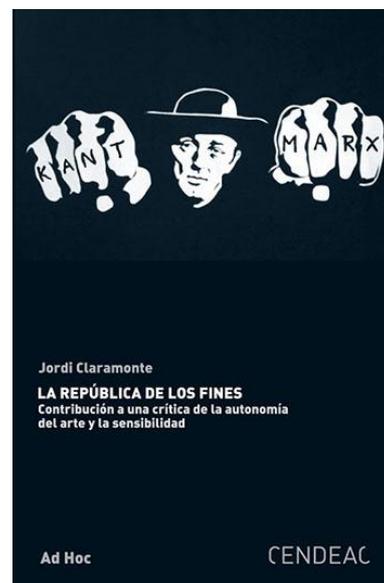
El uno y la otra podrían encarnar la figura del “elegido por Dios para redimir las almas de los pecadores”, que “será al mismo tiempo el encargado de ejecutar su venganza sobre aquellos que quebrantan sus leyes” (Doménec Font). El Predicador: “¡Soy hombre de salvación!” (pág. 22); Rachel: “¡Él me guiará por senderos de rectitud! (...) ¡En Su nombre!” (pág. 255).

Podemos pasar del amor al odio en cuestión de segundos. Por lo tanto deben cruzarse como los dedos tatuados de Robert Mitchum, con la misma compatibilidad con que Godard combina documental y ficción: “Todas las grandes

películas de ficción tienden al documental, como todos los grandes documentales tienden a la ficción. Y quien opta a fondo por uno de los dos caminos acaba encontrándose al final con el otro”.

Además, entre el amor y el odio existe un gran repertorio de posibilidades. Y si no, que se lo digan a Johny, el hijo huérfano de Ben y Willa: “(...) era como si, de alguna inefable y cautivadora manera, Rachel atentara contra su propia identidad. John se había acostumbrado tanto al peligro y la huida, y a la clara definición de los enemigos mortales de su vida, que, en cierta medida, la bondad de Rachel le parecía más peligrosa que cualquier otra cosa” (pág. 225). O a Rachel, que no da crédito a que Ruby, la mayor de los niños que viven bajo su tutela, babea por un hombre como El Predicador: “Debería darte vergüenza suspirar pensando en ese perro rabioso” (película, escena de vigilancia nocturna). O al tío Harry, que ha perdido la fe en la benevolencia y la compasión de las personas, pues está seguro de que lo acusarán por la muerte de la madre de los niños.

Un icono elocuente como el de los nudillos del Predicador podría inspirar otras tantas portadas paratextuales de *La noche del cazador* como la que incluyo a la derecha. Pertenece a un ensayo en el que su autor intenta reconciliar dos posturas contrarias respecto a la finalidad del arte, porque quizá no lo sean tanto: Kant propone apreciarlo desde una “mirada desinteresada”, mientras que Marx aboga por un arte al servicio del pueblo, si bien entre ambas consideraciones existe un rico abanico de opciones.



3.- Fidelidad de la adaptación

Tras haber acreditado el detallismo narrativo de la obra literaria, me propongo exponer algunos de los abundantes ejemplos de calcos en su adaptación cinematográfica.

Un caso son los relatos bíblicos de épocas antiguas sobre reyes perdidos que Rachel cuenta a los niños y que de algún modo aluden a lo que está sucediendo. Hasta se insertan en los mismos momentos de la historia. Lo que les narra sobre Herodes y Jesús mientras empuña el arma aguardando al Predicador expresa su contraste como oponentes: "(...) el viejo Herodes pensó: ¡Mecachis! Aquí no hay sitio para los dos. No puede haber 'dos' reyes, es evidente. Haré que lo maten" (pág. 253).

Las reflexión que Rachel hace en voz alta acerca de los niños en la última escena de la película está escrita en la novela: "El mundo debería avergonzarse de celebrar la Navidad en nombre de un niño, y luego seguir siendo igual. Mi alma se humilla cuando veo el modo en que los pequeños aceptan su destino". Otra de ellas, "¿Sabes que de pequeño tienes más entereza de la que Dios te volverá a conceder?", en la novela es una repentina impresión a raíz de contemplar a los niños dormidos: "(...) sintió algo que todo el mundo debería experimentar, al menos, una vez en la vida: que nunca es más fuerte el hombre que cuando es niño, que durante esos cortos años de la infancia da muestras de una resistencia y una capacidad de aguante como Dios nunca volverá a otorgarle en lo que le resta de vida. (...) Superan cualquier obstáculo, igual que habían hecho sus niños (...)" (pág. 258).

El enternecedor momento en el que John alarga la mano derecha para palpar la de Rachel como si acariciar fuera algo que olvidó, así como el mencionado desenlace, con El Predicador al acecho y su enfrentamiento con Rachel, también están reproducido tal cual en la película.

No obstante, durante el juicio por la condena del Predicador, lo que en la película se resuelve en un plano de John siendo impelido a identificar al prisionero ("¿Quieres mirar allí y decirle al tribunal si ése es el hombre que mató a tu madre?"), en el libro se desarrolla introduciéndonos en la mente del niño a lo largo de varias páginas para que notemos su turbación: "John pensó: No paran de pedirme que recuerde toda clase de cosas" (pág. 260); "Este juicio es muy divertido, de verdad. Todos gritan y discuten" (pág. 266). Enlaza con sus

apreciaciones subjetivas sobre la señora Cooper: “Es muy amable, sólo que me obliga a lavarme constantemente” (pág. 264); “La señorita Cooper dice que cuando llegue la Navidad, si soy bueno, me comprará un reloj de bolsillo” (pág. 267). Al fin y al cabo, el personaje de John soporta buena parte del protagonismo de la historia.

Igualmente, la subtrama del romance entre la enamoradiza Ruby y El Predicador, merece otro pasaje en el libro con pensamientos de la chica, que empieza así: “Supongo que no le dejan salir, si no, habría venido a vernos otra vez, y quizás habría vuelto a hablarme de mis bonitos ojos. Lo quiero” (pág. 267).

4.- La fábula

La noche del cazador presenta rasgos propios de la morfología de las fábulas. En primer lugar, Rachel interviene en la presentación para enunciar la moraleja a sus niños. Recurre a citas de la Biblia: “No juzguéis y no seréis juzgados. (...) Guardaos de los falsos profetas, que acuden a vosotros con piel de cordero mas por dentro son fieros como lobos. Por sus frutos los conoceréis”. La señora Cooper fabulará a lo largo de la obra contando otros cuentos con fondo cristiano a los niños.

En segundo lugar, la obra concentra una serie de temas espinosos tratados usualmente en las fábulas: vicios como la avaricia, la envidia, la arrogancia y la mentira; y sentimientos como el amor, el odio y el miedo.

La analogía con la fábula conduce, por otra parte, a que encontremos personajes con unas características muy definidas: el lobo bueno (Rachel), el lobo feroz (El Predicador), pajarillos indefensos (niños). Además, hay toda una fauna que contribuye a dotar de un tono alegórico a la historia.

Como en las fábulas, leyendo entre líneas hallamos connotaciones críticas. De este modo, en su artículo *Una novela viva y aterradora*, Mariano Antolín Rato repara en “el doble juego del predicador, presentándose como hombre santo y, a escondidas, como el monstruo que es (...)”, lo cual viene a demostrar que “el ser humano es capaz de que sus mayores bajezas lleguen a pasar por actos virtuosos”. Es decir, el

convencimiento moral de un colectivo a merced del envilecimiento y la degradación moral.

Para ilustrar el fervor religioso se acude al personaje secundario de Ikey, la tendera. Su actitud fanática hace que no se domine y nos previene de que cuando la devoción llega a ese punto no deja ver la realidad (el razonamiento objetivo brilla por su ausencia). Ikey cae en las garras del Predicador y es ciega a toda sospecha, de ahí que sienta un tremendo desengaño cuando la tapadera se descubre: “¡Porque nos embaucó! ¡Porque es Satanás oculto tras la cruz!” (pág. 271).

A propósito de la culpabilidad y el castigo, la misoginia del Predicador convierte el cuerpo femenino en germen demoniaco del pecado. Cuando en la película va montado en el auto tras el asesinato con el que arranca la acción, lo dice con resentimiento: “Pero hay cosas que odias de verdad, Señor. Cosas que huelen a perfume. Cosas con encaje. Cosas con pelo rizado”. De hecho, la propia Rachel (de nuevo otra coincidencia) opina que las mujeres son insensatas por dejarse encandilar por astutos enamorados.

5.- Conceptos

La concepción de la vida como si fuera un territorio de caza, el paralelismo entre los miedos infantiles y la amenaza del cazador, está presente en las dos obras. En la película, cuando los niños vagan en una barca sin rumbo deseando desaparecer en la oscuridad, ese escenario toma la forma de un paisaje exuberante habitado por criaturas de la noche y animales de campo: búho, sapo, tortuga de río, ovejas, vacas; y está custodiado por trampas de rastreo, como una tela de araña, una jaula de pájaro y, por extensión, El Predicador a caballo.

Más alusiones: El Predicador “volvió a mirarla de arriba abajo, en una rápida valoración, como una víbora cobriza mueve su lengua bífida” (pág. 244); “(...) ese predicador que parece un perro rabioso” (pág. 252).

Como la caza es un duelo de espera, al término de la película hay una escena en la que Rachel está sentada en una mecedora con el rifle sobre las rodillas, de cara a la ventana y a la noche, con los sentidos alerta al último asedio del Predicador, que permanece concentrado en la silenciosa granja desde el otro lado del jardín. Ve cómo un búho atrapa un conejo (en la novela lo oye, proveniente de lo más profundo del breñal), y declara que “la vida es dura para los pequeños”. La cazadora ha desarrollado una estrategia: “En el gran espejo de cuerpo entero que había en el vestíbulo, visible desde la cocina, podía ver reflejada la luna en el suelo del comedor, y pensó: Cuando pase por el pasillo, lo veré, por muy silenciosamente que camine, y entonces empezaré a apretar el gatillo” (pág. 256). La escenografía de la película mantiene el espejo y añade otro indicio, las sombras. Rachel ataca sin salir del sigilo... ¡BANG! Pieza cazada, final (casi) feliz.

El libro, a su vez, está salpicado de referencias al necesario equilibrio depredador-presa: El Predicador pretende engatusar a la pequeña Pearl para atraerla a sus fauces y que le diga de una vez por todas dónde está el dinero, mientras sus voces “se mezclan con el zumbido y el batir de élitros de un escarabajo que choca contra la tela metálica de la puerta atraído por la luz” (pág. 158); “Una mariposa nocturna se estrelló con fuerza contra la tela metálica (...)” (pág. 252); “(...) un conejo dio un estridente grito de muerte antes de que el silencioso búho cayera sobre él desde la luna, y Rachel pensó: Realmente, este mundo es muy duro para las criaturas pequeñas. Conejos y niños lo pasan mal. Es un mundo cruel para los que han nacido en él, sin duda” (pág. 253).

Asimismo, sus artífices no dejaron fuera de la trama la necesidad del castigo como vía para resarcir la culpa. Con la sentencia de muerte de Ben por ladrón y el procesamiento del Predicador por asesino, se produce una vuelta contra sí de la hostilidad y la crueldad dirigida a otros (“el castigado es quien ejerce su castigo”, Nietzsche).

Tampoco quisieron eludir la mención expresa a la redención o al perdón, como cuando El Predicador intenta persuadir a Ben sobre el paradero de los diez mil

dólares: “La salvación espera en el último momento, chico. Si con el dinero se hace la voluntad del Señor, puede que Él te dé la mano” (película).

Esta idea de la concesión de indulgencia aparece una vez más cuando John ve cómo la policía arresta al Predicador. Entonces arranca de los brazos de su hermana la muñeca con el dinero oculto, que su padre les hizo jurar que no desvelarían, y se inclina sobre el hombre caído en la hierba: “¡No lo quiero, papá! ¡Es demasiado! ¡Toma!”. El libro es más evocador al respecto: “Lo están golpeando de nuevo con las porras. Sí, y ahora cae en la hierba y trata de cubrirse la cabeza con el brazo que no tiene lastimado. (...) Sí, enseguida se le caerá del bolillo la bolsita de papel con los regalos comprados en la tienda de chucherías. (...) ¡Ahora se lo llevarán a rastras!” (pág. 260).

Referencias bibliográficas

Antolín, Mariano “Una novela viva y aterradora”, *El Mundo*, Madrid, 5 de junio de 2000.

Font, Doménec (1998): *La noche del cazador*. Paidós, Barcelona.

Grubb, Davis (2006): *La noche del cazador*. Compactos Anagrama, Barcelona.

Laughton, Charles (1955): *La noche del cazador*. EEUU, United Artists.